



LIBRO SEGUNDO

I

¿Qué es la dicha?

Para edificación de las ambiciosas, voy á contar la decadencia de Lucía. Este cuadro hará palidecer á los más escépticos.

Para las comediantas y las cortesanas, la vida en París es tan agitada y tan rápida, que ni aun tienen tiempo de retroceder.

Son impulsadas por todas las corrientes y todos los torbellinos. Como sus iguales, Lucía nunca tuvo una hora para internarse en sí misma. Lo que conocía menos era su corazón; lo que desconocía más era su alma. Aseméjase á aquellos viajeros que sin cesar huyen de su casa para recorrer las posadas de los cuatro extremos del mundo; cuando por casualidad vuelven á su casa, ya no se encuentran bien en ella.

Esta vida exterior no hacía la dicha de Lucía; pero necesario es seguir su destino, necesario es obrar como todo el mundo.

Obrar como todo el mundo, para Lucía, era levantarse á las doce de la mañana, almorzar sin casi sentarse á la mesa, correr al ensayo pasando por casa de Worth, no retrasarse al ir al teatro sino en media hora, dejarse ver en el Bosque, arrastrar la cola de su vestido á orillas del lago, comer cuatro á cuatro, quemar la escena después de haber quemado el suelo de la calle, cenar, en fin, en casa ó en casa de otra, mas nunca á solas, á veces á dúo, lo más comúnmente en numerosa compañía, para acabar por el juego.

Y los días de descanso en el teatro no lo eran en casa; después de la comedia del escenario, la comedia del amor, en la que nadie apunta. Lucía no se dió nunca el lujo de descansar en casa; tenía, por otra parte, que ocuparse de su hotel y de su caballeriza. Sentíase furiosa oyendo alabar el tronco de ésta ó los muebles de aquélla. No tenía bastante con ser famosa por su belleza, quería serlo igualmente por su lujo. En mitad de todos aquellos ímpetus del orgullo, de todas aquellas inquietudes de los *steeples-chases* de la estación, ¿cómo encontrar la hora y el momento de mirarse pasar en la vida? ¿A dónde la llevaba su impulso? ¿Era á la dicha al fin? ¡Oh, Dios mío! No, obraba por obedecer á la ley fatal del movimiento. Tal vez se figurara, después de todo, que la dicha era hacer la desesperación de sus rivales con su hotel, sus caballos y sus alhajas; iba á olvidarme de su talento; porque lo tenía, como todas las mujeres de buena voluntad.

Un día que se hallaba sola en casa, dióse el ocio de hacerse una visita, se paseó lentamente por todo el hotel, desde el invernáculo á la caballeriza, deteniéndose en todas partes y diciéndose: *¡Esto es mío!* Pero cuando se hubo repetido esta frase veinte veces, juzgó que la felicidad no consistía en aquello. La dicha era,

pues, representar comedias y tener un público idólatra.

—¡No!—se repitió.—No es eso; porque ese público idólatra no es ni el público del Teatro Francés, ni el de la Opera, ni el de los Italianos; ni aun es el público de los teatros que les siguen en categoría, porque es el público de los teatros en que se ríe.

Podía hacer cuanto quisiera, nunca sería tomada en serio. Un tiempo hubo en que trató de hacer creer que había cantado en Italia, porque había pasado un invierno en Milán y en Venecia con su amante; pero se la conocía demasiado para creerla, aun cuando decía la verdad.

—¡Bueno! En esta ocasión,—exclamó para sí de pronto,—el collar vale más que el galgo; y si se figuran que me divierto, se hacen ilusiones; sólo una cosa hace la dicha; y esta cosa es el amor.

Suspiró y prosiguió:

—Pero el amor no está al alcance de todos; yo bien atenta le he sido, y, sin embargo, no vuelve.

Se tumbó, desalentada, en un sofá, y púsose á pensar en el tiempo en que no tenía un céntimo y era feliz. Se acordó de aquel pintor burlón, Eugenio Deschamps, que la amaba un poco, y al cual ella amaba mucho. ¡Qué buenas mañanas aquellas en que, sirviendo de modelo para una Diana ó para una Venus, vestida con su pudor, aprendía el arte de ser bella en sus transfiguraciones!

—¡Ah! Si él hubiera querido,—dijo,—¿cómo le hubiese amado! Habríamos vivido con nada, pero habríamos vivido en la dicha.

Y se preguntó en qué podía consistir que un mal taller cubierto de malos cuadros pareciera un paraíso. Es que allí estaba el amor con su varita mágica, mientras que en su hotel resplandeciente de riquezas no veía nada que le hablase al corazón.

Me engaño; veía con vivo placer un retratito que le había pintado su amante. Era un simple boceto, mas el pintor había sabido darle un no sé qué que le procuraba el parecido y el encanto. Así es que ella le había dicho:

—No lo retoques; no me harías más linda.

Lucía se perdió con mil delicias en aquel querido recuerdo.

—Al fin,—dijo,—volveré tal vez á enamorarme. Finjo demasiadas pasiones para no caer de veras en una de ellas. Después de todo, probable es que amara á Gontrán; pero de lo que estoy segura es de que no amo al príncipe: me parece un retrato pendiente de cualquiera de los clavos que hay en las paredes de mi hotel. Y, por desgracia, abandona con excesiva frecuencia el marco.

Pasó revista á todos sus amantes y adoradores, los muertos como los heridos, pero especialmente los que vivían. Pensó en Eugenio Deschamps, mas éste era un escéptico en amor.

Recordó que la víspera, cenando en casa de una de sus amigas, había experimentado gran emoción oyendo contar á un señor Carlos Abelle, que hablaba de dar la vuelta al mundo siguiendo las huellas de Capoul.

—¿Y si yo diese esa vuelta con él?—se dijo, como si le hiciera falta una gran distracción.

Este Carlos Abelle la había dicho que la adoraba; ¿por qué no había de ser verdad? Era bello y cantaba; ¿por qué no había de amarle?

Llamaron á la puerta del hotel.

—El destino me envía compañía para comer,—dijo Lucía.

Se anunció al señor Carlos Abelle.

Cuando Lucía tendióle la mano, murmuró:

—Es el amor que viene.

No sospechaba, ella que había dado muerte á Gontrán, que Carlos Abelle, á su vez, llevábale la muerte en el amor.

—¡Esto es sorprendente, querido!—le dijo, haciéndole seña de que tomara asiento á su lado.—¡Cómo se parece usted á mi primer amante!

—¡Esto es sorprendente!—dijo Carlos Abelle en el mismo tono.—¡Cómo se parece usted á mi primera querida!

—¡Usted se burla!

—Nada de eso; aquélla era rubia, usted es morena; aquélla era baja, usted es alta; aquélla era muy burra, usted tiene talento; pero la amaba y la amo á usted; he ahí por qué se parecen.

Lucía juzgó que había hablado bien. Y, como Carlos Abelle acompañó sus palabras con un atrevido beso, murmuró, palideciendo intensamente:

—¡Te adoro!

II

Por qué las cortesanas no tienen hijos

Entreabramos la puerta del aposento de Lucía.

Son las tres; una joven, con un niño en brazos, acaba de entrar. Es Colomba, casada desde hace un año.

La comedianta ha pasado la noche en una cena. Ha bailado y jugado; no se ha acostado hasta la madrugada; apenas si está despierta.